
LIBRO TERCERO.

Cuando yo me preparaba, oh hermano Quinto, á referir y copiar en este tercer libro el razonamiento que despues de Antonio hizo Craso, un acerbo recuerdo vino á renovar en mi ánimo los antiguos cuidados y molestias. Aquel ingenio digno de la inmortalidad, aquella cortesía y virtud de Lucio Craso fué extinguida de súbito por la muerte, apénas habian pasado diez dias despues de la conversacion que en este libro y en el anterior se refiere. Pues habiendo vuelto á Roma en el último dia de los juegos escénicos, muy indignado con el discurso que habia hecho ante el pueblo el cónsul Filipo, de quien constaba haber dicho que con aquel Senado era imposible gobernar la república: por la mañana, el dia de los *idus* de Setiembre, vino á la curia, donde Druso habia convocado el Senado. Y habiéndose quejado del discurso de Filipo, refirió al Senado la grave ofensa que contra aquel orden se habia hecho ante el pueblo.

Siempre oí decir á los hombres más sabios que, cuando Craso hablaba con algun cuidado, parecia imposible hacerlo mejor, y superaba á todos; pero aquel dia, por unánime confesion de los oyentes, se excedió á sí mismo. Deploré

la desdicha y orfandad del Senado, de cuyo órden debia ser el Cónsul como un buen padre ó un tutor fiel, y no un nefando ladron que disipase el patrimonio de su dignidad, y añadió que no era de admirar que quien con sus consejos habia trastornado la república, quisiera rechazar el buen consejo del Senado. Como Filipo era hombre vehemente, de fácil palabra y muy fuerte para la resistencia, no toleró aquellas encendidas teas; enojóse mucho y quiso refrenar á Craso con la amenaza de confiscarle los bienes. Cuentan que Craso dijo entónces cosas divinas, declarando que él no estimaba como Cónsul, á quien no le consideraba á él mismo como Senador. «¿Acaso tú, que miras como usurpada la autoridad de todo el órden senatorial y pretendes desacreditarle ante el pueblo romano, piensas aterrorarme con esa amenaza de la confiscacion? Si quieres contener á Craso, no le has de quitar los bienes sino la lengua, y aun arrancada ésta, respirará en su aliento la libertad y el odio á tu tiranía.»

Consta que habló largo tiempo con extraordinaria vehemencia de ingenio y de fuerzas, y que redactó en graves y magníficas palabras el parecer que siguió todo el Senado: «Que estuviese satisfecho el pueblo de que nunca habian faltado á la república el consejo y fidelidad del Senado.» Él mismo escribió estas palabras, segun consta en los registros. Fué aquella oracion como la voz del cisne de aquel hombre divino, y nosotros, cual si esperáramos todavía oirle, íbamos despues de su muerte á la curia para contemplar el sitio en que habia pronunciado aquellas últimas palabras. Cuando aún estaba hablando, le acaeció un dolor de costado seguido de copiosísimo sudor; volvió con fiebre á su casa, y á los siete dias murió. ¡Oh falaz esperanza de los hombres! ¡Oh fragil fortuna y vanas ambiciones nuestras que tantas veces se quebrantan y hunden en mitad de la carrera ó ántes de ver el puerto! Mientras la vida de Craso estuvo ocupada por los cuidados

de la ambicion, brilló más por sus beneficios privados y la fama de su ingenio, que por los altos honores y dignidades que tuviera en la república. Y cuando pasado un año despues de su censura, el consentimiento de todos le abria el camino á los más altos honores, vino á destruir todas sus esperanzas y proyectos la muerte. Lamentable fué esto para los suyos, acerbo para la patria, doloroso para todos los buenos; pero tales calamidades vinieron luégo sobre la república, que bien puede decirse que los Dioses inmortales no quitaron á Lucio Craso la vida, sino que le dieron la muerte. No vió ardiendo en guerra la Italia, en envidia el Senado, y á los principales de la ciudad reos de nefandos crímenes, ni el llanto de su hija, ni el destierro de su yerno, ni la triste fuga de Cayo Mario, ni la cruelísima mantanza que siguió á su muerte, ni, finalmente, el completo desórden de aquella ciudad, ántes tan floreciente y teatro de su gloria.

Pero ya que he venido á tratar del poder é inconstancia de la fortuna, no necesito ir á buscar ejemplos muy lejanos; basta ver á los mismos varones que en este diálogo hablan. ¿Quién no llamará con razon dichosa la muerte de Lucio Craso que fué llorado por muchos, cuando traiga á la memoria el fin que tuvieron todos los que por última vez hablaron entónces con él? Todos recordamos que Quinto Cátulo, varon en todo excelente, cuando pedia, no ya la salvacion, sino el destierro y la fuga, se vió obligado á privarse él mismo de la vida. La cabeza de Marco Antonio, que habia salvado las de tantos ciudadanos, fué clavada en aquellos mismos rostros donde él habia defendido con tanta constancia la república, y que, siendo censor, habia adornado con los despojos imperatorios. No léjos de él fué puesta la cabeza de Cayo Julio, entregado por traicion de su huésped Arusco, y con ella la de su hermano Lucio Julio.

De quien tales cosas no llegó á ver, bien puede decirse

que vivió con la república y murió juntamente con ella. No vio á su pariente Publio Craso, varon de tan esforzado ánimo, muerto por su propia mano, ni vió el simulacro de Vesta teñido con la sangre de su colega el Pontífice máximo. ¡Con cuánta tristeza (siendo tan grande como era su amor á la patria) hubiera visto aquel dia la horrenda muerte de Cayo Carbon, con ser éste tan enemigo suyo! No vió la miserable suerte de aquellos dos jóvenes que entónces acompañaban á Craso. Cayo Cota, á quien él habia dejado en tanta prosperidad, fué desposeido del tribunado por envidia, no muchos dias despues de la muerte de Craso, y á los pocos meses fué arrojado de la ciudad. Sulpicio, víctima del mismo odio, hizo, siendo tribuno, despojar de toda dignidad á los mismos que en otro tiempo habian sido sus amigos, y cuando empezaba á florecer para gloria de la elocuencia, el hierro le quitó la vida en pena de su temeridad, aunque no sin grave daño de la república. Por eso yo, cuando veo á Craso tan ilustre en vida y muerto tan á tiempo, no puedo ménos de atribuir á divina y especial providencia su nacimiento y su fin, porque segun era el valor y constancia de su ánimo, ó hubiera sido víctima de la crueldad de las guerras civiles, ó si la fortuna le hubiera librado de muerte tan atroz, hubiera tenido que ser espectador de la ruina de su patria, y no sólo la admiracion de los malos, sino la misma victoria de los buenos le hubiera causado tristeza grande, por venir manchada con la sangre de tantos ciudadanos. Considerando yo, hermano Quinto, estas calamidades y las que yo mismo, por mi amor increíble y singular á la república, he sufrido, ha llegado á parecerme verdadero y sabio tu consejo, cuando citándome tantas y tan arrebatadas caidas de ilustres y excelentes varones, procurabas apartarme de toda contienda y disputa. Pero como ya no es hora de desandar lo andado, y la gloria viene á compensar mis mayores trabajos, prosigamos en estos solaces, que no sólo pueden ser agradables, sino

provechosos en las molestias que de continuo nos abruman, y recordemos el razonamiento de Lucio Craso, casi el único que pronunció en su vida, y démosle la debida alabanza, si no igual á su ingenio, á lo ménos proporcionada á nuestra aficion.

Ninguno de nosotros cuando lee los admirables libros de Platon, en todos los cuales se dibuja la figura de Sócrates, deja de formarse una idea aún más alta del personaje, con estar divinamente escritos aquéllos diálogos. Yo tambien pido, no á tí que me lo concedes todo, sino á los demas que tomen en manos este libro, que sospechen del mérito de Craso algo más de lo que yo acierte á expresar. Porque como yo no estuve presente á la conversacion, y Cota me refirió sólo los principales puntos y argumentos, he procurado hacer hablar á cada uno en su estilo propio, tal como le conocí por sus discursos; y si hay alguno que, llevado de la opinion vulgar, piense que Antonio fué más seco, ó Craso más abundante que como yo los he descrito, será sin duda quien nunca los oyó ó quien no puede juzgar. Porque, como ántes dije, uno y otro, así en estudio como en ingenio y doctrina, se aventajaron á todos, y en su línea fueron perfectos, de suerte que ni faltaba ornato en los discursos de Antonio ni redundaba en los de Craso.

Así que se separaron ántes del mediodía y descansaron un poco, narraba Cota que habia llamado mucho la atencion el ver que Craso habia estado en atenta y fija meditacion, y que él, como conocia muy bien, por haberlo visto en muchas ocasiones, el semblante y la mirada que Craso solia tener cuando meditaba ó se disponia á hablar, vino entonces, mientras los otros descansaban, á aquel aposento donde Craso se habia acostado en su lecho, y viéndole absorto en la meditacion, se retiró en seguida, pasándose en este silencio no ménos de dos horas. Y cuando ya el dia se inclinaba hácia el ocaso, vinieron todos á ver á Craso, y

dijo Julio: «¿Qué es eso, no nos sentamos? Venimos, no pedirte, sino á recordarte tu palabra.» A lo cual respondió Craso: «¿Me juzgais tan imprudente que pueda dilatar por más tiempo el cumpliros lo que os prometí?—¿Y qué lugar te parece bien en medio de la selva? Este es el más opaco y frio.—Sea, dijo Craso: nada más á propósito que ese lugar para nuestra conversacion.» Y habiéndoles parecido bien á todos, fuéronse al bosque, y allí se sentaron con gran deseo de oír.

Craso comenzó á hablar así: «Ya que por una parte vuestra amistad y por otra la facilidad de Antonio me ha quitado en tan excelente causa como es la mia toda libertad de negar, procuraré complaceros, por más que al partir la materia de que tratamos tomara Antonio para sí el hablar de las cosas que debe decir el orador, dejándome á mí el explicar cómo han de adornarse, con lo cual vino á dividir lo que nunca puede estar separado. Constando todo discurso de cosas y palabras, ni las palabras pueden tener valor si se quita el asunto, ni las cosas luz si se quitan las palabras. Paréceme que los antiguos alcanzaron y vieron mucho más que cuanto pueden ver y alcanzar nuestros ingenios, porque los antiguos filósofos decían que todo, así lo superior como lo inferior, es uno, y que una fuerza y una ley rige á toda la naturaleza. Ni hay cosa alguna que separada de las otras tenga existencia por si misma, ni tampoco las demas, si ella les falta, pueden conservar su fuerza y eterna duracion.

»Pero si esta razon parece superior al entendimiento y sentido humanos, no acontece así ciertamente con aquellas tan verdaderas y para tí, oh Cátulo, no desconocidas palabras de Piaton, cuando sostiene que todas las artes humanas y liberales tienen entre sí cierto vínculo y alianza; y considerando bien las causas y fines de las cosas, se halla un admirable concierto y armonía entre todas las doctrinas. Y si todavía parece esta consideracion dema-

siado alta para que nosotros tan apegados á la tierra la podamos contemplar, á lo ménos debemos comprender y recordar el arte que hemos abrazado, el que profesamos y al que nos dedicamos. Una sola es la elocuencia de que yo hablaba ayer, y la que Antonio nos explicaba hace algunas horas en la conversacion de esta mañana, sea cualquiera el terreno en que la discusion se coloque. Porque ya trate de la naturaleza del cielo, ya de la tierra, ya de las cosas divinas, ya de las humanas, ya de lo inferior, ya de lo igual, ya de lo superior; ya determine á los hombres á la accion, ya los instruya, ya los disuada, ya los arrebate, ya reflexione, ya encienda, ya calme las pasiones; ora se dirija á pocos oyentes, ora á muchos, á los extraños ó á los propios, ó aunque sea, finalmente, un monólogo, siempre brota la elocuencia de las mismas fuentes, por más que luégo se divida en arroyos; y á donde quiera que llega va adornada y ataviada con las mismas galas. Pero como estamos dominados por las falsas opiniones, no sólo del vulgo, sino de los hombres de liviana erudicion que, no pudiendo comprenderlo todo, gustan de aprender las cosas separadas y sueltas, y que apartan las palabras de la sentencia como quien separa el alma del cuerpo, cual si el uno pudiera existir sin la otra, no abrazaré en mi discurso mas que lo que se me encarga: sólo indicaré brevemente que ni puede encontrarse el ornato de la palabra sin pensamientos claros y bien divididos, ni hay sentencia alguna que brille sin la luz de la palabra. Por eso ántes de llegar á estos matices y lumbres de la oracion, diré en pocas palabras lo que pienso de la elocuencia en general.

»Nada hay, á mi ver, en la naturaleza, que no abrace en su género muchas cosas desemejantes entre sí, aunque todas ellas dignas de alabanza. Porque nuestros oidos perciben muchas voces tan variadas que siempre la última nos parece la más agradable, y son casi innumerables las formas que se ofrecen á nuestros ojos y de diverso modo

nos deleitan, sin que sea fácil decidir cuál es la más agradable. Lo mismo acontece en los demás sentidos; y lo que se dice de la naturaleza puede aplicarse á las artes. Hay un solo arte de escultura, en el cual sobresalieron Miron, Policleto, Lisipo, todos diversos entre sí, pero de tal suerte, que no quisiéramos que ninguno de ellos fuese diferente de sí mismo. Uno es también el arte de la pintura, y muy diferentes son entre sí Zeuxis, Aglaofon, Apeles, y no hay uno entre ellos á quien haya faltado ninguno de los primores de su arte. Y si esto es admirable, aunque sea verdad, en artes casi mudas, ¿cuánto más admirable no será en el discurso y en el lenguaje, que aún manejando las mismas sentencias y palabras, presenta grandes diferencias, pero no de suerte que merezcan vituperio los que no se amoldan á un deter minado estilo, sino ántes bien alabanza en géneros diversos? Y esto es de ver sobre todo en los poetas, que tienen tan próximo parentesco con los oradores. Ved cuán diferentes son entre sí Ennio, Pacuvio, Accio; cuánto lo son entre los griegos Esquilo, Sófoeles y Eurípides, por más que á todos se otorgue casi igual alabanza en géneros diversos. Contemplad ahora á los oradores de quien tratamos, y ved qué diferencias hay entre ellos. Isócrates tuvo suavidad, Lisias sutileza, Hipérides agudeza, Esquines armonía, Demóstenes fuerza. ¿Quién de ellos no fué excelente, y sin embargo, á quién se pareció cualquiera de ellos sino á sí mismo? Escipion el Africano fué grave en su oratoria, Lelio suave, Galba áspero, Carbon rotundo y abundante. ¿Quién de ellos no fué el primero en su tiempo y modelo en un género distinto?

»¿Pero para qué busco ejemplos antiguos, cuando puedo valerme de otros presentes y vivos? ¿Qué cosa tan agradable ha sonado nunca en nuestros oídos como la dición de Cátulo, la cual es tan pura que parece que él sólo sabe hablar el latín, y en la cual dichosamente se unen con singular majestad las gracias y los donaires? ¿Y qué mucho?

Cuando le oigo, juzgo siempre que no se puede añadir, quitar ó alterar algo de sus discursos sin echarlos á perder. ¿Y qué diré de nuestro César, que ha introducido un nuevo género de oratoria y un estilo casi singular? ¿Quién sino él trató nunca las cosas trágicas cómicamente, las tristes y severas con hilaridad y alegría, las forenses con todo el arte de la escena, y de tal modo que ni la gravedad de los asuntos excluyese los chistes, ni éstos aminorasen lo grave y serio de la cuestión? Presentes están Cota y Sulpicio, los dos casi de la misma edad: ¿qué cosa ménos parecida entre sí, y sin embargo, cada cual en su género es eximio! El uno, limado y sutil, explicando las cosas con palabras propias y exactas, está siempre atento á la causa, y cuando su agudo ingenio le inspira el argumento de más fuerza para convencer á los jueces, omite todas las demas pruebas y en ella concentra todo su vigor y atencion. Sulpicio, vehemente y arrebatado, junta á una voz llena y sonora y á un noble ademan y gracia en los movimientos, una gravedad y abundancia de palabras, que le hacen parecer privilegiado por la naturaleza en disposiciones oratorias.

»Vengo ahora á nosotros mismos, ya que siempre nos han comparado, como en un juicio de competencia. ¿Qué cosa hay ménos parecida que Antonio y yo en el decir? Él es tan grande orador, que no se puede hallar otro más excelente, y yo me avergüenzo de verme comparado con él. Veis qué género es el de Antonio: fuerte, vehemente, animado en la accion, apercebido y resguardado por todas partes, agudo, claro; se detiene en cada cosa, cede cuando honradamente puede cederse, y persigue y rinde al adversario, amenazando unas veces, suplicando otras, con una infinita variedad que jamás cansa nuestros oidos. Pero yo, ya que quereis contarme en el número de los oradores, sea cualquiera mi valor absoluto, ciertamente disto mucho de ese género. No me atrevo á decir cuál es mi

estilo, porque nadie se conoce á sí propio, y es muy difícil juzgarse; pero se ve una diferencia en lo calmoso y reposado de mi accion, y en que suelo caminar siempre sobre las huellas que estampé al principio, y por lo mismo que pongo más cuidado que él en elegir las sentencias y las palabras, ando siempre temeroso de que parezca mi discurso afectado é indigno de la expectacion del auditorio y del silencio con que me escuchan.

»Pues si sólo entre los que estamos aquí hay tanta diferencia de estilos y cada uno tiene el suyo, distinguiéndose más por sus facultades que por el género de elocuencia en que se ejercita, y siendo digno de alabanza todo lo que en su género es perfecto, ¿qué sucederia si nos fijáramos en todos los oradores que han existido ó existen? ¿No encontraríamos tantos estilos como hombres?

»Todo este razonamiento se encamina á probar que siendo casi innumerables las formas y modos de decir, diversos en especie, aunque todos ellos laudables, no se pueden reducir á los mismos preceptos y á un mismo arte cosas que tanto discrepan entre sí.

»Por eso los que educan é instruyen á otros deben tener muy en cuenta el género á que más inclina á cada cual la naturaleza. Vemos que de una misma escuela de excelentes artifices y maestros han salido discípulos nada semejantes entre sí, pero todos ilustres, porque el maestro supo acomodar su enseñanza al genio de cada uno. De esto es grande ejemplo (omitiendo otras artes) lo que decia Isócrates, singular maestro: «que usaba de espuelas con Eforo, y de freno con Teopompo», porque en el uno reprimia el excesivo lujo y audacia de diction, miéntras que tenía que alentar la timidez y modestia del otro. Y no los hizo semejantes, pero tanto añadió al uno y limó al otro, que los conformó en cuanto la índole peculiar de cada uno consentia.

»He anticipado todas estas ideas para que entendais que

si no todo lo que voy á proponeros se acomoda á la índole y gusto particular de cada uno de vosotros en la oratoria, es porque sólo me he propuesto explicar el método y estilo que yo tengo por mejor.

»El orador ha de hacer todo lo que explicó Antonio y ha de decir las cosas de cierto modo. ¿Y qué modo mejor de decir (porque de la acción hablaré luégo) que expresarse con pureza latina, con claridad y ornato y en los términos más acomodados al fin que nos proponemos? No creo que me preguntéis la razón que tengo para exigir pureza y claridad en el lenguaje, porque ni tratamos de enseñar á quien no sabe su lengua, ni es de esperar que quien no sepa latin pueda hablar nunca con elegancia, ni es posible admirar á quien habla de modo que no se le entiende. Dejemos, pues, esto, que es de conocimiento fácil y uso necesario, ya que la pureza de lengua se aprende en la niñez y en los primeros estudios, y la claridad es lo ménos que se le puedo exigir á un orador.

»Pero toda elegancia de estilo, aunque se perfecciona con la ciencia de las letras, todavía se acrecienta más con la lectura de los oradores y poetas, y aquellos antiguos escritores nuestros que aún no sabian adornar su estilo, casi todos hablaron con mucha pureza de lengua, y tan acostumbrados estaban á ello, que ni aún poniéndose de intento hubieran conseguido hablar malamente. Ni por eso se ha de abusar de las palabras que el uso tiene ya desterradas, á no ser por causa de ornato y con moderación; aunque el escoger, entre las palabras que están en uso, las más selectas, requiere largo y diligente estudio de los antiguos escritores.

»Para hablar bien el latin, no basta emplear palabras que nadie pueda reprender con razón, y usarlas en sus casos, tiempos, género y número, evitando toda perturbación, discrepancia y trastorno, sino que debe educarse la lengua, el aliento y hasta el mismo sonido de la

voz; las letras no se han de pronunciar oscura y confusamente, ni las palabras han de salir flojas y desmayadas, ni por el contrario, hinchadas y como nacidas de fatigosa respiracion. Y no hablo aquí todavía de la voz, como parte de la accion, sino en cuanto tiene enlace con el discurso. Hay ciertos vicios que todo el mundo quiere evitar: una voz afeminada y mujeril, ó por el contrario, desentonada y absurda. Hay otro defecto que algunos buscan de propósito. Agrádales una voz rústica y agreste, y creen que esto da á sus discursos cierto color de antigüedad: así lo hace, oh Cátulo, tu amigo Lúcio Cota, que á mi entender confunde lo rústico con lo anticuado. Por el contrario, á mí me deleita la suavidad de tu voz; prescindo ahora de la suavidad de las palabras, aunque es la más esencial y sólo se adquiere con el estudio y con el ejercicio de leer y de hablar. Sólo trato de la perfecta pronunciacion, que así como entre los Griegos es propia de los áticos, así entre los latinos es gala de nuestra ciudad. Mucho tiempo hace que en Aténas se extinguió la sabiduría de los mismos Atenienses; sólo queda en aquella ciudad la morada de los estudios, en que ya no se ejercitan los ciudadanos, sino los extranjeros atraídos por el nombre y autoridad de aquel pueblo. Y, sin embargo, á los hombres más doctos de Asia los vence cualquier Ateniese indocto, no en las palabras, sino en el acento, y no tanto por hablar bien, cuanto por hablar con dulzura. Los nuestros se dedican á las letras ménos que los latinos, y no obstante, ninguno de los de la ciudad, por pocas letras que tenga, dejará de vencer en condiciones de voz y acento á Quinto Valerio Sorano, el más sabio de todos los Itálicos.

•Teniendo, pues, los Romanos de la ciudad una pronunciacion suya, en la cual nada que ofenda, nada que desagrade, nada que suene ó huela á peregrino y anticuado, puede admitirse, imitémosla, y no sólo huyamos la rústica aspereza, sino tambien las innovaciones extranjeras.

Cuando oigo á mi suegra Lelia (porque es sabido que las mujeres conservan mejor la tradicion antigua, y como oyen hablar á poca gente, retienen siempre lo primero que oyeron) me parece oir á Plauto ó á Nevio; su pronunciacion es recta y sencilla, sin rastro de ostentacion ó imitacion: así habló su padre, así sus mayores; no con aspereza, como el orador que ántes cité; no con groseria y rusticidad, sino con precision, llaneza y agrado. Por eso nuestro Cota, á quien tú, Sulpicio, sueles imitar cuando suprimes la *joti* y pronuncias muy llena la *é*, no me parece que imita á los oradores antiguos, sino á los segadores.»

Habiéndose reido Sulpicio, añadió Craso: «Ya que me habeis obligado á hablar, me he de vengar mostrándoos algunos de vuestros defectos.

—Ojalá lo hagas, replicó él; todos lo deseamos, y creo que si lo haces, dejaremos hoy muchos de nuestros defectos.

—Pero á tí, Sulpicio, dijo Craso, no te puedo reprender sin peligro propio, porque dijo Antonio que te pareces mucho á mí.

—Tambien nos aconseja, replicó Sulpicio, que imitemos lo mejor de cada uno, y mucho me temo no haber imitado de tí más que los golpes que das con el pié en el suelo, y unas cuantas palabras, y quizá algun movimiento.

—De lo que tengas parecido á mí, respondió Craso, no te reprenderé, por no reprenderme á mí mismo: son mis defectos muchos más y mayores que los que tú imaginas: en cuanto á los que son tuyos enteramente ó imitados de algun otro, de éstos ya te advertiré cuando la ocasion se presente.

»Pasemos en silencio los preceptos relativos á la lengua latina, que se aprenden en la enseñanza de la niñez, se desarrollan con el más sutil y razonado conocimiento de las letras ó con el hábito diario y familiar de la conversacion, y se acrecen con la lectura de los antiguos historiadores y

poetas. Ni nos paremos tampoco á disputar cómo podremos hacer inteligibles las cosas que decimos.

»Habláudo en buen latin, con palabras usadas y que indiquen propiamente lo que queremos significar y declarar, sin vocablos ni frases ambiguas, sin períodos demasiado largos, sin dilatar excesivamente los símiles, sin sentencia desligada, sin confusion de tiempos, de personas ó de órden. ¿Qué más? Tan fácil es todo esto, que muchas veces me admiro de que sea más difícil entender lo que el patrono nos quiere decir, que lo que diria el mismo cliente si hablase en causa propia.

»Los que vienen á encargarnos causas, suelen explicarse de tal modo que no puede apetecerse más claridad. Pero cuando tratan el mismo asunto Furio ó vuestro amigo Coponio, no puedo entender lo que dicen, si no presto mucha atencion: tan confuso, tan enredado es su discurso; allí no se distingue lo primero de lo segundo, y es tal el tropel y lo desusado de las palabras, que léjos de dar luz á las ideas, traen oscuridad y tinieblas, viniendo á reducirse la oracion á un vano ruido. Pero si esto no os agrada, principalmente á los que sois de mayor edad, y os parece molesto y pesado, hablemos de otras cosas todavía ménos agradables.

—Ya ves, dijo Antonio, con qué disgusto te oimos; yo de mí sé decir que lo abandonaria todo por oirte: tienes el arte de dar claridad á lo más escabroso, plenitud á lo más seco, novedad á lo más vulgar.

—Fáciles eran, continuó Craso, las dos partes que hasta ahora he recorrido, ó que más bien he pasado en silencio: el hablar con pureza latina, y la claridad de expresion. Las demas cualidades son muchas, difíciles, variadas, graves, y en ellas se funda todo el triunfo del ingenio y toda la gloria de la elocuencia. Nadie hay que se admire de un orador porque hable bien el latin. Si le habla mal, se rien de él lo mismo que de cualquiera otro, aunque no sea

orador. Nadie ensalza la claridad del que se deja entender de sus oyentes, pero todos desprecian al que no puede hacerlo. ¿De qué se admiran, pues, los hombres? ¿Qué es lo que les deja estupefactos y arranca sus exclamaciones? ¿A quién tienen, digámoslo así, por Dios entre los hombres? Al que habla con distincion, riqueza, abundancia y lucidez en cosas y palabras, y pone en la oracion un ritmo y número poético. Esto es lo que llamo ornato: los que modelan su estilo segun el asunto y las personas lo exigen, merecen ser alabados, pues hablan con oportunidad y afluencia. Dice Antonio que nunca ha visto oradores de este género, y que á ellos sólo debe concederse el lauro de la elocuencia. Burlaos de todos aquellos que con haber aprendido los preceptos de los retóricos, creen haber alcanzado toda la facultad oratoria, sin saber siquiera qué papel representan ó qué se proponen. Ya que la vida humana es materia propia del orador, debe investigar, oír, leer, disputar, tratar y experimentar todo lo que ella abraza. La elocuencia es una de las principales virtudes; y no porque las virtudes dejen de ser todas iguales entre sí, sino porque hay algunas más hermosas y esclarecidas que otras, como es ésta que, abrazando la ciencia de las cosas, de tal manera explica con palabras los designios y afectos del ánimo, que fácilmente puede llevar adonde quiera el ánimo de los que oyen. Quanto mayor es su fuerza, más conviene que vaya unida con una probidad y exquisita prudencia: si al que carece de estas virtudes le damos la facilidad y abundancia en el decir, no haremos de él un orador, sino que pondremos un arma en manos de un loco furioso.

»A este arte de pensar y bien decir le llamaban los antiguos Griegos sabiduría. Ella educó á los Licurgos, Pitacos, Solones, y muy semejantes á ellos nuestros Coruncanios, Fabricios, Catones, Escipiones, quizá no tan doctos, pero con igual vehemencia de ánimo é incorrupta

voluntad. Otros por el mismo entendimiento, pero con diversas ambiciones, prefirieron la quietud y el sosiego: así Pitágoras, Demócrito, Anaxágoras, que, abandonando el gobierno de la ciudad, se dedicaron del todo á la investigación de las causas: la cual vida, por su tranquilidad y por la dulzura de la misma ciencia, que es lo más agradable que hay entre los hombres, deleitó á muchos más de los que convenia á la utilidad pública. Así que se dedicaron á este estudio hombres de excelente ingenio, libres de toda otra ocupacion y cuidado, siguiéronles en las mismas investigaciones y estudios otros muchos, quizá en mayor número que el que hubiera convenido. Porque la antigua sabiduría era á la vez maestra del bien decir y del bien obrar, y eran unos mismos los preceptos de la vida y de la elocuencia: así en Homero aquel Fénix, á quien Peleo habia elegido por compañero de su hijo en la guerra, le enseñaba á ser orador elocuente y ejecutor de grandes hazañas. Pero así como los hombres habituados á un trabajo diario y asiduo, cuando por el mal tiempo tienen que suspenderlo, se refugian en el juego de pelota, ó de los dados, ó de las *tesseras*, ó inventan en la ociosidad alguna nueva recreacion; así ellos, excluidos de los negocios públicos por la mala condicion de los tiempos ó por su propia voluntad, se dedicaron unos á la poesía, otros á la geometría, otros á la música, otros, como los dialécticos, inventaron nueva ocupacion y nuevo juego, y consumieron su tiempo y su vida en aquellas artes inventadas para educar y formar el ánimo de los jóvenes.

»Y como habia muchos que florecian en la república por esa doble sabiduría de bien obrar y de bien decir, que no puede separarse, y que brilló en Temístocles, en Pericles y Teramenes, y como habia otros que, sin ejercitarse en el gobierno de la república, eran preceptores de esa misma sabiduría, como Gorgias, Trasímaco, Isócrates, encontráronse tambien algunos varones en ingenio y doctrina

excelentes; pero que calculadamente se apartaban de los negocios civiles, y reprendian y tenían en poco este ejercicio oratorio. El principal de ellos fué Sócrates, á quien por universal testimonio de los doctos y juicio de toda la Grecia nadie venció en prudencia, agudeza, ingenio y gracia, ni tampoco en variedad y copia de decir, fuese cual fuese el asunto en que se ejercitara. Cuando los maestros de quienes hemos hablado, trataban, enseñaban y disputaban estas materias retóricas, cuando todos los conocimientos, y entre ellos el de la oratoria, se llamaban *filosofía*, Sócrates les arrebató este nombre comun, y separó dos ciencias ántes tan unidas, el discurrir bien, y el hablar con ornato. Esto hizo en aquellos coloquios y disputas suyas, que Platon inmortaliza en sus obras, porque Sócrates no dejó escrita ni una letra. De aquí esa discordia entre el pensamiento y la lengua, absurdo ciertamente, inútil y digno de reprehension, como si á unos estuviera concedido el recto juicio y á otros el bien decir. Habiendo sido tantos los discípulos de Sócrates, y conservando todos alguna parte de su enseñanza esparcida en tantas y tan variadas discusiones, nacieron de aquí muchas sectas entre sí discordes, aunque todos sus adeptos se llamasen socráticos y se tuviesen por fieles discípulos de Sócrates. Y primero fueron discípulos de Platon Aristóteles y Xenócrates, padre el uno de la escuela peripatética, y el otro de la Academia; fueron despues discípulos de Antístenes (que habia tomado de los discursos de Sócrates la paciencia y la severidad), primero los cínicos y luégo los estoicos. De Aristipo, á quien agradaban más las disputas sobre el placer, nació la filosofía cirenáica que él y sus sucesores defendieron de buena fe, miéntras hoy los que lo miden todo por el deleite, áun cuando con más delicadeza lo hagan, ni satisfacen á la dignidad humana, que no desprecian sin embargo, ni saben defender esa misma causa del deleite que quieren que abracemos. Hubo otras sectas

filosóficas, que casi todas se llamaban socráticas: los Eretrios, Herilios, Megareos y Pirrónicos, pero ya todas estas escuelas están quebrantadas y deshechas. Entre las que quedan, la que ha tomado á su cargo la defensa del placer, aunque á algunos les parezca verdadera, dista mucho, no obstante, de convenir al orador que estamos formando y que queremos sea autor del consejo público, caudillo en el gobierno de la ciudad, y el primero por su elocuencia y sabiduría en el Senado, en el pueblo y en las causas públicas. Y no por eso hacemos injuria alguna á esta filosofía. Cumpla en buen hora lo que desea, pero descanse en sus huertos, donde recostada muelle y delicadamente, nos aparta de los *rostros*, del tribunal y de la curia. Quizá obra sábiamente, sobre todo en el presente estado de la república. Pero yo no trato ahora de averiguar cuál es la filosofía más verdadera, sino cuál es la que conviene más al orador. Por lo cual dejémoslos sin agraviarlos en nada: despues de todo son hombres de bien y se creen felices: sólo les aconsejaremos que, aunque sea verdad, tengan oculta como un misterio esa sentencia de que el sabio no ha de tomar parte en el gobierno de la república, porque si llegan á persuadirnos de eso á los que somos buenos ciudadanos, no podrán ellos mismos gozar por mucho tiempo de ese ocio que tanto desean.

»A los estoicos no los reprendo en nada, porque no quiero que se enojen, aunque no saben ni enojarse. Hasta les agradezco el haber sido los únicos que han dicho que la elocuencia es virtud y sabiduría. Pero hay en ellos dos cosas que no convienen al orador: la primera el decir, como dicen, que todo el que no es sabio, es siervo, ladron, enemigo, insano, y afirmar por otra parte que no hay ningun hombre verdaderamente sabio. Es muy absurdo que hable en el foro, en el Senado ó en cualquiera otra reunion de hombres, uno á quien le parezca que ninguno de los presentes está sano ni es buen ciudadano ni hombre libre.

Añádase á esto que tienen un estilo quizá sutil y ciertamente agudo, pero que para un orador es seco, desusado, ingrato á los oídos del vulgo, oscuro, árido; tal, en suma, que de ninguna manera puede usarse ante el pueblo. Los estoicos discurren acerca del bien y el mal de un modo muy distinto que los demás ciudadanos, ó por mejor decir, estiman de otra manera que los demás el honor, la ignominia, el premio y el suplicio. Si en esto aciertan ó yerran no es ahora ocasion de discutirlo, pero siguiendo su doctrina, nunca haremos nada en el campo de la oratoria.

»Restan sólo los peripatéticos y los académicos: éstos forman dos escuelas con un mismo nombre, porque Espeusipo, hijo de una hermana de Platon; Xenócrates, discípulo del mismo Platon, y Polemon y Crántor, que lo fueron de Xenócrates, se diferencian poco de Aristóteles, que fué, juntamente con ellos, discípulo de Platon; sólo difieren mucho en la abundancia y variedad del estilo. Arcesilao, discípulo de Polemon, fué el primero que de varios diálogos platónicos y razonamientos de Sócrates dedujo la consecuencia de que no hay certidumbre alguna en el conocimiento adquirido por los sentidos ó por el entendimiento, y cuentan que con suma gracia en el decir despreció todo criterio, lo mismo el de la razon que el de los sentidos, y fué el primero en renovar el método ya usado por Sócrates: no demostrar lo que él mismo pensaba, sino disputar contra la opinion de cualquier otro. De aquí nació la nueva Academia, en la cual se distinguió por su divina prontitud de ingenio y abundancia de decir, Carneades. Y aunque yo conocí muchos discípulos suyos en Aténas, sin embargo, los testigos más fidedignos que puedo citar son mi suegro Scévola, que le oyó en Roma siendo jóven, y mi amigo Quinto Metelo, hijo de Lúcio, varon muy ilustre, que le alcanzó en Aténas, aunque muy viejo, y le oyó por muchos dias.

»Así como los ríos se dividen al caer de la cumbre del Apenino, así huyendo de esta comun altura de la sabidu-

ria, se dividieron los estudios, cayendo los filósofos en el mar superior de Jonia, mar griego y abundante en puertos, al paso que los oradores cayeron en este mar inferior Tirreno y bárbaro, lleno de escollos y de peligros, en el cual el mismo Ulises hubiera andado errante. Por lo cual, si nos contentamos con un orador que sepa negar lo que se le arguye ó defender á lo ménos la conducta del acusado sosteniendo que ha obrado bien, ó por culpa de otro, ó segun la ley, ó no contra la ley, ó con imprudencia, ó por necesidad, ó que no se ha de dar á su accion el nombre que se le da, ó que la acusacion no es en debida forma; y si creéis que basta aprender lo que los preceptistas de este arte enseñan, y que con mucho más ornato y abundancia que ellos acaba de exponer Antonio; si os contentais, digo, con estas cosas y con lo que quereis que yo añada, venís á reducir al orador á un círculo exiguo, quitándole el vasto é inmenso campo en que se espaciaba. Pero si quereis imitar al antiguo Pericles ó á Demóstenes, que nos es más familiar por la multitud de sus escritos, y si amais aquella hermosa y soberana idea del orador perfecto, teneis que seguir el método de Carneades ó el de Aristóteles. Porque, como ya he dicho, los antiguos que precedieron á Sócrates juntaban con el arte de bien decir la ciencia de las costumbres, de la vida, de la virtud y de la república, hasta que separados despues por Sócrates y sus discípulos los disertos de los doctos, despreciaron los filósofos la elocuencia y los oradores la sabiduría, y sólo de vez en cuando tomaban algo prestado los unos de los otros, siendo así que ántes hubieran podido usar alternativamente de la misma riqueza, á haber permanecido en su primitiva alianza. Y así, como los antiguos Pontífices, aunque Numa les habia encargado de los convites sagrados, quisieron que hubiese tres Epulones por ser tantos los sacrificios, así los socráticos apartaron de su gremio y del nombre comun de filósofos á los defensores de causas,

cuando por el contrario habian querido ~~los~~ antiguos que hubiese una admirable union entre el arte de bien decir y la sabiduría.

»Siendo esto así, he de pedir os sinceramente que en lo que voy á decir, no creais que hablo de mí mismo, sino del orador. Porque yo, habiendo sido educado por mi padre con grande estudio en la niñez, y habiendo traído al foro el ingenio que en mí conozco y no el que vosotros imagináis, nunca he aprendido, sin embargo, las materias de que voy á hablar, con el esmero que os recomiendo á vosotros; empecé á defender ántes que nadie causas públicas, y cuando tenia veintiun años, llamé á juicio á un hombre muy ilustre y elocuentísimo: mi disciplina fué el foro, mi maestro el uso, y las leyes é instituciones del pueblo romano, y las costumbres de los mayores. Sediento luégo de adquirir esos conocimientos de que hablo, sólo llegué á buscarlos cuando estuve de cuestor en Asia, donde fué mi maestro el académico Metrodoro, de cuya memoria ha hablado Antonio; de allí me fui á Atenas, donde hubiera permanecido más tiempo á no haberme enojado con los Atenienses, porque no querian repetir los misterios que habian celebrado dos dias ántes de mi llegada. Así es que, cuando extendo el término de la elocuencia á tanta variedad de conocimientos y doctrina, no sólo no hablo de mí, sino contra mí, ni disputo de mis facultades, sino de las del orador, y tengo por muy ridiculos á todos los que escriben arte retórica y disputan del género judicial, de los principios y de las narraciones. Pero el poder de la elocuencia es tal, que explica el origen, la naturaleza y las alteraciones de todas las cosas, las virtudes, los deberes; describe las costumbres y las leyes, dirige la república, y da palabras copiosas y elegantes en cualquier asunto. En este género nos hemos ejercitado, á decir verdad, cuanto podemos, con mediano ingenio, y, sin embargo, no concedemos mucha ventaja en la disputa á los

que han hecho de la filosofía el tabernáculo de su vida.

»¿Qué puede decir mi amigo Cayo Veleyo para probar que el deleite es el sumo bien, lo cual yo no pueda, si quiero, defender más copiosamente, valiéndome de los argumentos que expuso Antonio, con este arte de decir, en que Veleyo es rudo, y en que cada uno de nosotros está versado? ¿Qué pueden decir Sexto Pompeyo, ó los dos Balbos, ó mi amigo Marco Vigelio, el que vivió con Panecio, de la virtud al modo de los estoicos, hasta el punto de obligarme á mí ó á cualquiera de vosotros á ceder en la disputa? Porque la filosofía no se asemeja á las demás artes. ¿Qué hará en geometría el que no la ha aprendido? ¿Qué en música? Tendrá que callar ó pensaremos que no está en su juicio. Pero en filosofía sólo un ingenio acre y agudo descubrirá lo más verosímil y lo expondrá con elegancia. Un orador vulgar y poco docto, pero que esté ejercitado en el decir, sólo con esto tiene bastante para triunfar de los maestros y para no dejarse despreciar ni tener en ménos por ellos.

»Pero si ha existido alguno que al modo de Aristóteles pueda sostener acerca de todas las cosas dos pareceres contrarios, y lo mismo en toda causa, sólo con conocer los preceptos de aquel filósofo, y que sepa refutar al modo de Arcesilao y Carneades toda proposición, y que á este método una el arte oratorio y el hábito y ejercicio de decir, éste será el verdadero, perfecto y solo orador. Sin el nervio forense no puede ser el orador bastante enérgico y grave, ni sin la variedad de la doctrina bastante culto y sabio. Dejemos, pues, á ese vuestro Córax empollar en el nido sus hijuelos hasta que tomen el vuelo, convertidos en declamadores odiosos y molestos: dejemos á ese Pánfilo, que no sé quién es, pintar en vendas ó fajas una cosa tan importante, tratándola como si fuera algun juego de niños: y nosotros, en esta breve discusión de ayer y hoy, expiiquemos todo el oficio del orador, mostrando que nada

de lo contenido en los libros de los filósofos está fuera de los límites de la oratoria.»

Entonces dijo Cátulo: «En verdad, Craso, que no es admirable que haya en tí tanta fuerza, suavidad y abundancia de decir; yo creí ántes que estas cualidades eran naturales y que no sólo eras un grande orador, sino tambien un hombre sapientísimo; pero ahora entiendo que has estimado siempre más lo que se dirige á la sabiduría, y que de ahí nace esa tu abundancia oratoria. Pero cuando recuerdo los sucesos de tu vida y considero tus estudios, ni puedo comprender cuándo has aprendido ni cómo has tenido tiempo para oír á los filósofos y estudiar sus libros. Ni sé qué es lo que me causa más admiracion, si el que hayas aprendido en medio de tantas ocupaciones todas esas cosas, cuya utilidad quieres persuadirnos, ó el que no habiéndolas aprendido, puedas hablar del modo que lo haces.»

Respondió Craso: «Lo primero que quiero persuadirte, Cátulo, es que hablo del orador casi como podria hablar de un histrion. Yo negaria que éste pudiera sobresalir en el gesto si no habia aprendido la palestra y la danza. Para decir esto, no era necesario que yo fuera histrion, sino que me bastaba con ser no mal apreciador del artificio ajeno. De un modo semejante, estoy ahora, á ruego vuestro, hablando del orador, es decir, del orador perfecto, y siempre que se pregunta por algun arte ó facultad, se habla de ella como absoluta y perfecta. Si quereis tenerme por orador mediano ó bueno, no lo repugnaré, ni soy tan necio que ignore que esa es la fama que tengo. Como quiera que sea, no soy perfecto. Ni hay entre los hombres cosa más difícil, ni mayor, ni que exija más aparato de doctrina. Pero claro es que si disputamos del orador, nos hemos de referir al orador perfecto. Porque si no se tiene á la vista la idea perfecta de la cosa, nunca se entenderá bien cuán grande es su excelencia. Confieso, Cátulo, que hoy no vivo con los filósofos ni con sus libros,

y como has advertido muy bien, nunca he tenido tiempo para aprender, ni he dedicado al estudio más que seis años infantiles y mis vacaciones forenses.

»Pero si me preguntas, oh Cátulo, lo que pienso de esta enseñanza, te diré que un hombre ingenioso ocupado en el foro, en la curia, en las causas y en la república, no necesita tanto tiempo como el que se toman los que en aprender gastan la vida. Todas las artes son tratadas de diverso modo por los que las aplican á la práctica y por los que, absortos en el arte mismo, no hacen otra cosa en la vida. El maestro de los gladiadores Samnitas es muy anciano, y sin embargo todos los dias hace ejercicios y no se cuida de más. Pero Quinto Velocio aprendió la esgrima cuando muchacho, y como era apto para ella y la sabía muy bien, fué, como dice Lucilio, «buen Samnita en la lid y hábil en el florete,» aunque dedicaba mucho más tiempo al foro, á los amigos y á la hacienda. Valerio cantaba todos los dias, porque era cómico. ¿Qué otra cosa podia hacer? Pero Numerio Furio, nuestro amigo, canta cuando le viene bien: porque es padre de familia, es caballero romano, y aprendió de niño lo que tenía que enseñar. Lo mismo sucede con otros estudios mayores.

»Dia y noche vemos á Quinto Tuberon, hombre de suma virtud y prudencia, dedicarse á la filosofía. Pero de su tio el Africano pocos sabian que se dedicase al mismo estudio, y sin embargo lo hacía. Todo esto se aprende fácilmente tomando sólo lo necesario en cada ocasion, y teniendo alguno que pueda enseñarnos bien, y sabiendo nosotros aprender. Pero si en toda la vida no hacemos otra cosa, la misma ciencia y ejercicio producirá cada dia nuevas cuestiones, en cuya indagacion te empeñarás afanoso. Así resulta que el conocimiento es movible é infinito. El uso fácilmente confirmará la doctrina, con tal que se emplee un mediano trabajo, y no se abandone la memoria y el estudio. Yo gustaria de aprender á jugar bien á los dados ó

á la pelota, aunque quizá no pudiera conseguirlo; pero otros, por lo mismo que lo hacen bien, se deleitan en ello más de lo justo, como Ticio con la pelota y Brula con los dados.

»Nadie tema, pues, la dificultad de las artes, sólo porque vea á los viejos aprenderlas. Esto consiste, ó en que se dedicaron al estudio siendo ya muy ancianos, ó en que prolongaron su estudio hasta en la vejez, ó en que son muy tardos. Yo opino que el que no pueda aprender pronto, nunca aprenderá bien.

—Ya entiendo, Craso, lo que dices, replicó Cátulo, y mi opinion es la misma. Comprendo que con tu facilidad de aprender te haya sobrado tiempo para adquirir esos conocimientos que muestras.

—¿Persistes, dijo Craso, en creer que hablo de mí, y no del arte? Volvamos, si te place, á la materia comenzada.

—Sí que me place, dijo Cátulo.»

Y prosiguió Craso: «¿A qué viene, ese discurso tan largo y traído de tan léjos? Las dos partes que me restan, y que sirven para ilustrar el discurso y coronar el edificio de la elocuencia, dándole esplendor y ornato, tienen la cualidad de ser las más agradables, las que influyen más en el ánimo de los oyentes, y las más adornadas con todo género de riquezas. El estilo forense es litigioso, acre, vulgar, pobre y miserable, en una palabra; y el estilo que enseñan esos que se dicen maestros de retórica, es mucho mejor que el vulgar y el forense. Requiere éste grande aparato de cosas exquisitas traídas y recogidas de todas partes, como tendrás que hacerlo tú, César, dentro de un año, porque calculo que con cosas diarias y vulgares no podrás satisfacer á este pueblo. El método de elegir y colocar las palabras y de cerrar los períodos es fácil, y aun sin método basta el mismo ejercicio. De conocimientos hay una gran selva que los últimos Griegos no han tenido, y por eso nuestra juventud salía de las escuelas ignorando más que sabiendo.

Tambien entre los latinos hubo durante estos dos años últimos maestros de retórica, que yo siendo censor prohibí por un edicto, no porque yo no quisiera (como sé que decian algunos) que se aguzasen los ingenios de los jóvenes, sino ántes al contrario, porque no quise que se embotasen sus entendimientos y que creciese su petulancia. A lo ménos entre los Griegos veia (fuera de este ejercicio de lengua) alguna doctrina de humanidades digna del nombre de ciencia; pero estos nuevos maestros nada podian enseñar, sino la audacia, que áun unida á un verdadero mérito, es intolerable, y mucho más cuando nada la disculpa. Como sólo esto enseñaban, y su escuela lo era de impudencia, juzgué obligacion del censor atajar el daño. Mas no por eso desespero de que alguna vez se traten en lengua latina digna y decorosamente las materias de que ahora disputamos; porque así nuestra lengua como la naturaleza de las cosas, toleran que aquella antigua y excelente sabiduría de los Griegos se aplique y traslade á nuestros usos y costumbres; mas para esto se requieren hombres eruditos que todavía en este género no han florecido, y si alguna vez aparecieren, quizá merezcan ser antepuestos á los mismos Griegos.

»Ornase, pues, el discurso conforme á su naturaleza y con un color y jugo propio, y para que sea grave, elegante, erudito, liberal, admirable, culto, para que tenga afectos y grandes ideas, no se requiere el ornato en cada una de las articulaciones, sino que debe verse en todo el cuerpo.

»Las flores de palabras y sentencias no han de estar deramadas igualmente por toda la oracion, sino distribuidas con oportunidad y gusto, como matices y lumbres del estilo.

»Ha de elegirse un modo de desir que entretenga mucho á los que oyen y que no sólo deleite, sino que deleite sin saiedad; no creo necesario advertiros que vuestro discurs-

so no ha de ser pobre, ni vulgar ni anticuado: algo más importante exigen vuestro ingenio y vuestra edad.

»Es difícil explicar la razón de que las cosas que más deleitan nuestros sentidos, y que más nos conmueven á primera vista, son las que más pronto nos producen saciedad y fastidio. ¡Cuánto más brillantes suelen ser en colorido, las pinturas nuevas que las antiguas! Y, sin embargo, las nuevas, aunque á primera vista nos deslumbran, no nos deleitan largo tiempo, y por el contrario en las antiguas su misma severidad nos encanta y deliene. ¡Cuánto más blandas y delicadas son en el canto las flexiones y las voces falsas que las ciertas y severas! Y, sin embargo, no sólo la gente austera, sino la misma multitud prefiere las segundas. Lo mismo puede verse en los demás sentidos: nos agradan ménos los unguentos de fuerte y penetrante aroma, que los suaves y delicados: más alabado suele ser el olor de la cera que el del azafran; y al mismo tacto no convienen superficies demasiado tersas y bruñidas. El gusto mismo, que es de todos los sentidos el más voluptuoso y el que más siente la dulzura, llega á harsiarse y á repugnar pronto lo que es demasiado dulce, así en alimentos como en bebidas, siendo así que en uno y otro género lo que ligeramente agrada á los sentidos es lo que ménos cansa. Así en todas las cosas, sobre todo en los mayores placeres, está muy cerca el fastidio. No es de admirar que lo mismo acontezca en los poetas que en los oradores, y que un discurso claro, distinto, adornado, festivo, sin intermision, sin desaliños, sin variedad, aunque esté adornado de bellísimos colores poéticos, no puede causar un largo deleite.

»Y todavía desagradan más en el orador ó en el poeta los afeites y relumbrones, porque en los deleites de los sentidos proviene la saciedad de la naturaleza y no del entendimiento, miéntras que en los escritos y en los discursos juzga los defectos no sólo el oído sino el entendimiento. Gusto

de oír: «Bien, admirablemente,» aunque me lo digan muchas veces; pero no me agrada oír á cada paso: «Hermosamente, con gracia,» si bien no me pesaría que fuese más frecuente aquella exclamacion: «¡No se puede hacer mejor!». Pero esta misma admiracion y suma alabanza ha de tener cierta sombra y claro-oscuro que hagan brillar y sobresalir la parte iluminada.

»Nunca dice Roscio con toda la fuerza que puede, este verso:

Premio y honor, y no riquezas, busca
con la virtud el sábio,

Y cuando añade:

¿Mas qué miro?
de hierro armado invade nuestros templos,

lo dice con aire de admiracion, estupor y aturdimiento. Y cuando exclama:

¿Mas qué defensa buscaré?

¡con qué abandono, con qué dulzura pronuncia estas palabras! Y luégo exclama con más entonacion:

¡Oh patria, oh casa de Príamo!

»No sería tanta su conmocion en este último verso si nubiera consumido y agotado sus fuerzas en el primero; y esto ántes que los actores lo conocieron los poetas, que establecieron esa variedad de tonos empezando por los más humildes, y ora aumentando, ora disminuyendo, ora elevando, introdujeron variedad y distincion. El ornato y dulzura del orador tiene que ser austero y sólido, no liviano y empalagoso. Los preceptos que se dan para el ornato, son tales, que el más vicioso orador puede explicarlos. Por eso, como ántes dije, lo primero que ha de adquirirse, es una selva de palabras y sentencias, como án-

tes dijo Antonio: con estas ha de irse tejiendo é haciendo el discurso, iluminado con palabras y variado en sentencias:

»El mayor mérito de la elocuencia es la amplificacion, que consiste no sólo en encarecer y ponderar las cosas, sino en despreciarlas y abatirlas. Es necesaria en todos los argumentos que Antonio señaló para dar autoridad al discurso, vg., cuando explanamos algo ó cuando queremos conciliarnos los ánimos ó mover los afectos. En esto último puede mucho la amplificacion, y en ella debe extenderse el orador. Aún es mayor el uso de la amplificacion en la alabanza y en el vituperio, que es lo último que explicó Antonio. Porque nada hay tan á propósito para exagerar y amplificar, como poder hacerlo con abundancia y ornato. Vienen despues aquellos lugares que, aunque deben ser propios de la causa y salir de sus mismas entrañas, como quiera que suelen aplicarse á asuntos generales, recibieron entre los preceptistas antiguos el nombre de lugares comunes. Algunos de ellos encierran una censura amplificada de los vicios y pecados, ó una invectiva á la cual nada suele ni puede responderse, vg., contra un concusionario, un traidor, ó un parricida: estos argumentos sólo pueden usarse cuando los crímenes están bien comprobados: de otro modo, serán una declamacion vana é inútil. Otros tienen por objeto mover á compasion, á misericordia, y otros se aplican á cuestiones dudosas, en que puede discutirse largamente por ambas partes. Este último ejercicio es propio ahora de las dos filosofías de que hablé ántes. Entre los antiguos pertenecia tambien á los que se dedicaban á la enseñanza forense. Sobre la virtud, el deber, lo justo y bueno, la dignidad, utilidad, honor, ignominia, premio, pena, y otras cosas semejantes, debemos estar prontos á disputar con habilidad y fuerza por entrambas partes. Pero ya que arrojados de nuestras posesiones, se nos ha encerrado en este pequeño predio, y aún éste anda en litigio, y siendo nosotros patronos y defensores de otros no hemos

podido conservar lo que era nuestro, tomemos prestado lo que necesitamos, de los que indignamente usurparan nuestro patrimonio.

»Dicen, los que de una parte y lugar pequeño de la ciudad de Atenas se llaman filósofos peripatéticos ó académicos, y á quienes por su exquisito conocimiento de las cosas más importantes y áun de los negocios públicos, llamaron antiguamente los Griegos filósofos políticos; dicen, repito, que todo discurso civil entra en uno de estos dos géneros: ó es una controversia definida, en que se señalan personas y tiempos, vg.: «¿Convendrá rescatar de los Cartagineses nuestros cautivos, entregándoles los suyos?» ó es una cuestion indefinida y universal, vg.: «¿Qué hemos de pensar y decidir respecto de los cautivos?» Al primer género le llaman causa ó controversia, y le dividen en tres especies: litigio, deliberacion y alabanza. A las cuestiones indefinidas las llaman consultas. La misma division usan para enseñar; pero no por derecho propio, ni por sentencia, ni por recuperar una posicion perdida, sino por una usurpacion que han cometido, segun el derecho civil, rompiendo una rama en señal de dominio. Tambien poseen el segundo género de cuestiones, en que se señalan tiempos, lugares y personas; pero tampoco esta posesion es muy segura. Hoy se celebra mucho en Filon, el más ilustre de los académicos, este conocimiento y ejercicio de las causas. Las cuestiones indefinidas tan sólo las nombran al principio del arte, y dicen que son propias del orador; pero ni penetran su naturaleza, ni las dividen en partes ó géneros; así es que más les valiera pasarlas del todo en silencio, que abandonar la materia despues de haberla empezado á tratar, pues ahora parece que callan por ignorancia, y entónces podia creerse que lo hacian por buen juicio.

»Toda cuestion está sujeta á dudas, ya verse sobre materias indefinidas, ya sobre las causas que se discuten en

la ciudad y en el foro, y no hay ninguna que no se refiera ó al conocimiento ó á la accion. Porque, ó se busca el conocimiento y ciencia de la cosa misma, vg.: «¿Ha de apetecerse la virtud por su dignidad ó por sus propios frutos?» ó se trata de tomar consejo para determinarse á la accion, vg.: «¿Debe el sabio gobernar la república?» Los modos de conocimientos son tres: conjetura, definicion y consecuencia. Conjetura, vg.: «¿Existe en el género humano la sabiduría?» La definicion explica la naturaleza de la cosa, vg.: «¿Qué es la sabiduría?» Consecuencia, vg.: «¿Puede mentir alguna vez el hombre de bien?» La conjetura pueden dividirla en cuatro géneros; porque, ó se pregunta lo que es, vg.: «¿El derecho entre los hombres procede de la naturaleza ó de la opinion?» ó se investiga el origen de alguna cosa, vg.: «¿Cuál es el origen de las leyes y del gobierno?» ó se pregunta la causa y razon, vg.: «¿Por qué los hombres más doctos disienten en asuntos de grande importancia?» ó se disputa acerca de las alteraciones y mudanzas, vg.: «¿Puede morir la virtud en el hombre ó convertirse en vicio?» Son casos de definicion cuando se habla de principios universales y grabados en la mente de todos, vg.: «Lo justo es lo que conviene á la mayor parte de los ciudadanos,» ó cuando se investigan las propiedades de una cosa, vg.: «¿El hablar con ornato es propio del orador, ó puede hacerlo algun otro?» ó cuando la cosa se divide en partes, vg.: «¿Cuántos géneros hay de bienes apetecibles? ¿Son por ventura tres, bienes de alma, de cuerpo ó exteriores?» ó cuando se describe la forma y carácter de alguna persona, vg., el avaro, el sedicioso y el vanaglorioso.

»La consecuencia abraza dos géneros de cuestiones, porque, ó es sencilla, vg.: «¿Ha de apetecerse la gloria?» ó procede por comparacion, vg.: «¿Es más apetecible la gloria que la riqueza?» La discusion sencilla tiene tres modos, segun se trate de lo que se ha de apetecer ó huir, vg.: